



Donde el juego se vuelve música y la música encuentro

Autoría: Alejandra Scialabba

Volumen 10, julio 2026.

Una mirada sobre cómo el juego y la música se entrelazan en la primera infancia para habilitar la expresión, propiciar el desarrollo y potenciar el vínculo.

Es media mañana en el jardín. En una de las salas, un grupo de niñas y niños está jugando en el piso. Hay telas, objetos de madera, algunos instrumentos. Una niña golpea suavemente un tambor. Otro niño arrastra una caja, la deja caer, escucha el sonido. Una docente empieza a cantar, casi sin anunciarlo. No es una consigna. No es una actividad que empieza. Es algo que aparece.

De a poco, algunos se acercan. Otros siguen jugando, pero ahora con otro ritmo. Alguien acompaña con un shaker. Otro repite una palabra que escuchó en la canción. El espacio cambia, pero nadie dejó de hacer lo que estaba haciendo.

Si uno mira la escena desde afuera, podría decir que están jugando. Y también podría decir que están haciendo música.

La verdad es que están haciendo ambas cosas. Al mismo tiempo.

Ahí aparece algo central para pensar la primera infancia: el juego no es solo una actividad, ni la música un contenido que se “agrega”. Son lenguajes que se entrelazan y que permiten a niñas y niños explorar, expresarse y vincularse con el mundo.

Cuando un bebé golpea un objeto una y otra vez, no solo está jugando: está investigando, probando, escuchando. Cuando una niña inventa una escena o repite una acción, está construyendo sentido, organizando su experiencia, dándole forma a lo que vive. En ese proceso, el sonido, el ritmo y la repetición ya están presentes. La musicalidad aparece ahí, incluso antes de que exista una canción.

Por eso, en los primeros años de vida, no tiene mucho sentido separar el juego de la música. Ambos forman parte de una misma experiencia de descubrimiento.

El juego es una de las formas más profundas de aprender. No porque enseñe “algo más”, sino porque en él se despliegan múltiples dimensiones al mismo tiempo: la imaginación, el vínculo con otros, la toma de decisiones, la resolución de problemas. Es un espacio donde niñas y niños pueden ser protagonistas, donde exploran desde sus propios intereses, tiempos y formas.

Y en ese mismo espacio, la música aparece como un modo de intensificar y expandir esa experiencia.



A veces es una canción que organiza el momento. Otras veces, un ritmo que invita al movimiento. O simplemente un sonido que se repite y se transforma en juego. La música no interrumpe el juego: lo amplifica. Le da nuevas capas, nuevas posibilidades, nuevos sentidos.

También habilita algo fundamental: la expresión. Incluso antes de las palabras, niñas y niños encuentran en lo sonoro una forma de comunicarse. Un balbuceo, una repetición, un gesto acompañado de sonido... todo eso es ya una forma de decir.

En ese sentido, la música no es solo algo que se escucha. Es algo que se hace, que se comparte, que se construye con otros. Es vínculo.

Pero para que todo esto suceda, hay algo que no puede faltar: la presencia adulta.

No una presencia que dirige todo el tiempo, sino una que observa, escucha y acompaña. Que se anima a cantar, a jugar, a dejarse afectar por lo que sucede. Que no impone, pero sí habilita. Que no organiza cada paso, pero sí crea las condiciones para que algo pueda pasar.

Acompañar implica confiar en los tiempos de cada niña y cada niño. Implica no apurar procesos, no llenar todos los silencios, no convertir cada experiencia en una consigna. Implica, también, construir entornos que inviten a explorar: espacios cuidados, materiales abiertos, propuestas que despierten curiosidad.

En los primeros años de vida se construyen bases fundamentales que acompañan a las personas a lo largo de toda su vida. Por eso, pensar propuestas atravesadas por el juego y la música no es una decisión menor. Es una forma de reconocer que el aprendizaje no ocurre solo en lo estructurado, que el vínculo es parte central del proceso educativo y que el cuidado también enseña.

Volviendo a la escena del inicio, no hubo un momento en que alguien dijera “ahora empieza la música” o “ahora estamos jugando”. Todo sucedió de manera integrada, casi sin fronteras.

Y tal vez ahí esté la clave.

Porque en la primera infancia, las experiencias más valiosas no son las que separan, ordenan y clasifican, sino las que permiten habitar el mundo con libertad, curiosidad y disfrute.



En cada objeto que suena, en cada canción compartida, en cada juego que se transforma, hay una oportunidad.

Una oportunidad de explorar.

De expresarse.

De encontrarse con otros.

Y, poco a poco, de encontrar la propia voz.